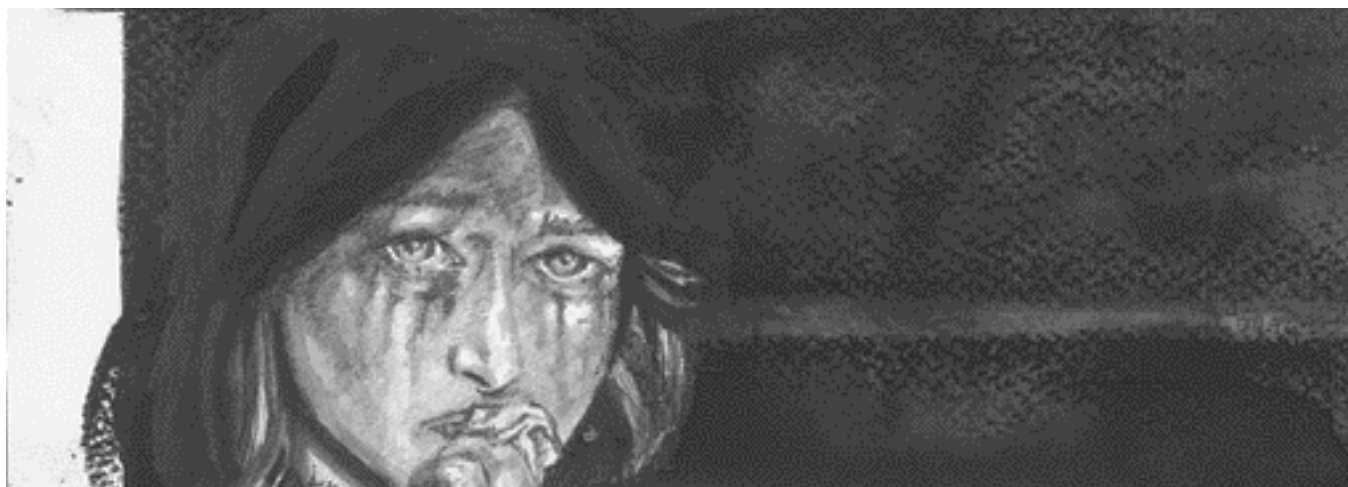


La noche en Antananarivo

(Antananarivo, Madagascar)

José Ovejero



Yo no había escuchado nada. Aunque suelo padecer de insomnio, precisamente esa noche dormía profundamente —con ayuda de media tableta de Tranquimazim— y creo que no me habrían despertado ni los golpes ni los gritos. Fue Alicia, mi mujer, quien me despertó sacudiéndome suavemente un hombro.

—¿Duermes?

—Claro que duermo. ¿Qué pasa?

—¿Cómo puedes dormir?

No estaba aún del todo despierto y tenía una sensación desagradable, quizá residuo de un sueño que ya no recordaba, así que me irritó que Alicia se pusiera a conversar conmigo sin la menor consideración.

—Para una vez que puedo...— chasqué la lengua con disgusto.

Ella también chasqué la lengua como un eco y repitió la pregunta.

—¿Cómo puedes dormir?

Entonces me di cuenta de que su voz estaba cargada de reconvención. No era una mera pregunta, era una crítica. Enseguida me sentí culpable, aunque no sabía de qué; mi especialidad es sentirme culpable por todo. Me di la vuelta —suelo dormir hacia el lado opuesto a ella, porque me desvela verla dormir— y descubrí que no estaba tumbada, sino sentada, con la espalda apoyada contra la pared y las rodillas formando un montículo ante su pecho.

—Pero ¿es que no oyes?

Estaba llorando. Se limpiaba los ojos con un pico de la sábana que empuñaba entre las manos y que se iba volviendo azul al contacto con el rímel. Normalmente me molesta que se limpie los ojos con lo que tiene a mano —nuestras toallas están llenas de manchas azules indelebles—, pero tenía tal expresión, mezcla de dolor y de miedo, que no me atreví a mencionárselo.

Alicia miraba hacia la puerta de nuestra habitación como si creyese que esa endeble plancha de madera era lo único que nos separaba de algo horrible que estaba sucediendo del otro lado, de algo que podría atravesarla de un momento a otro.

—Eh, cariño, ¿qué te sucede?, ¿qué tienes?— le pregunté en tono afectuoso y me senté a su lado, apoyando también la espalda contra la pared, que se me antojó húmeda. —¿Una pesadilla?

—Llevan más de una hora así— respondió aún con la vista clavada en la puerta y la misma expresión de temor, obligándome a quedarme mirando yo también en esa dirección. No me habría extrañado que el pomo comenzase a girar. Por debajo de la puerta entraba una rendija de luz —el pasillo del hotel se quedaba iluminado toda la noche— y yo busqué algún movimiento de sombras, un indicio que materializase la amenaza.

Pero no había nada detrás de la puerta. Lo que asustaba a Alicia se encontraba más lejos, y poco a poco comencé a percibirlo. De algún lugar del edificio llegaban ruidos, como si alguien estuviese desplazando muebles de un sitio a otro. Sonó un golpe difícil de identificar: ¿algo pesado y blando que había caído al suelo?

Alicia buscaba en mi cara la confirmación de que a mí también me parecía terrible lo que sucedía. Hice un gesto de extrañeza y seguí escuchando. Podía ser una pelea; patas de muebles rechinando contra el suelo al ser empujados; golpes difíciles de atribuir a un acto concreto, cosas que caían; la única voz que se oía era de mujer; parecía quejarse, a ratos llorar, a ratos maldecir.

El miedo de Alicia se me contagió. Me levanté a comprobar que el cerrojo estaba echado. Lo estaba, aunque tan sólo se sujetaba al marco de la puerta mediante dos tornillos

diminutos —en realidad, debía de llevar cuatro, uno en cada esquina de la pequeña plancha de metal, pero los otros dos se habían perdido.

—¿No vas a bajar?

—El cerrojo está echado, no te preocupes.

Volví a meterme en la cama.

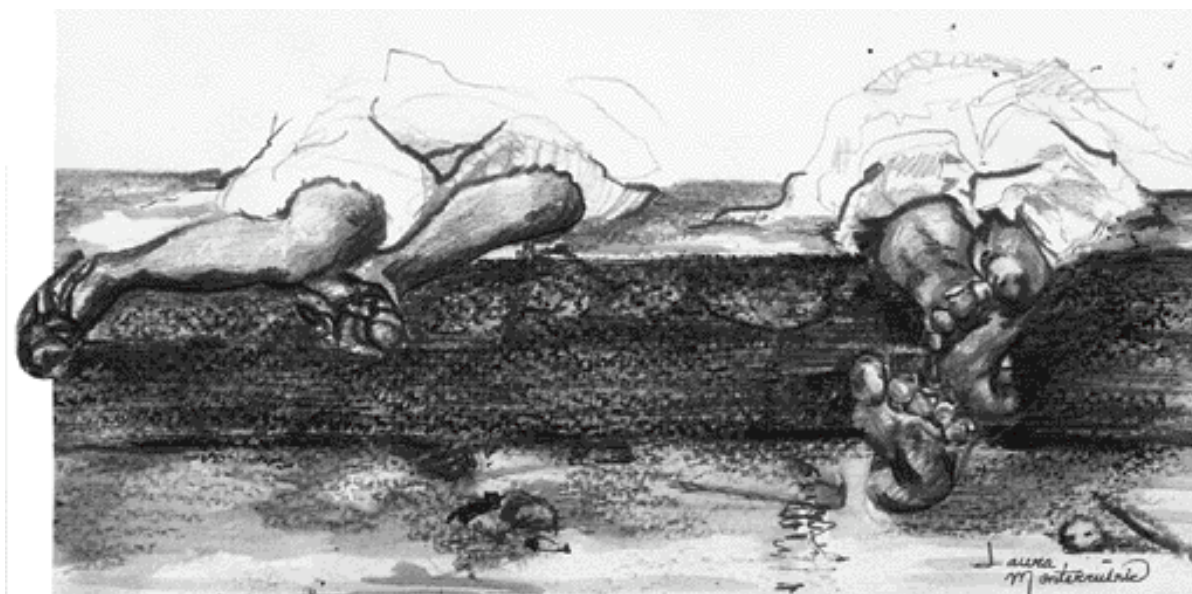
—Deberías bajar a ver.

—Alguien llamará a la policía. Estas cosas son frecuentes.

—No es eso. Digo que tendrías que bajar.

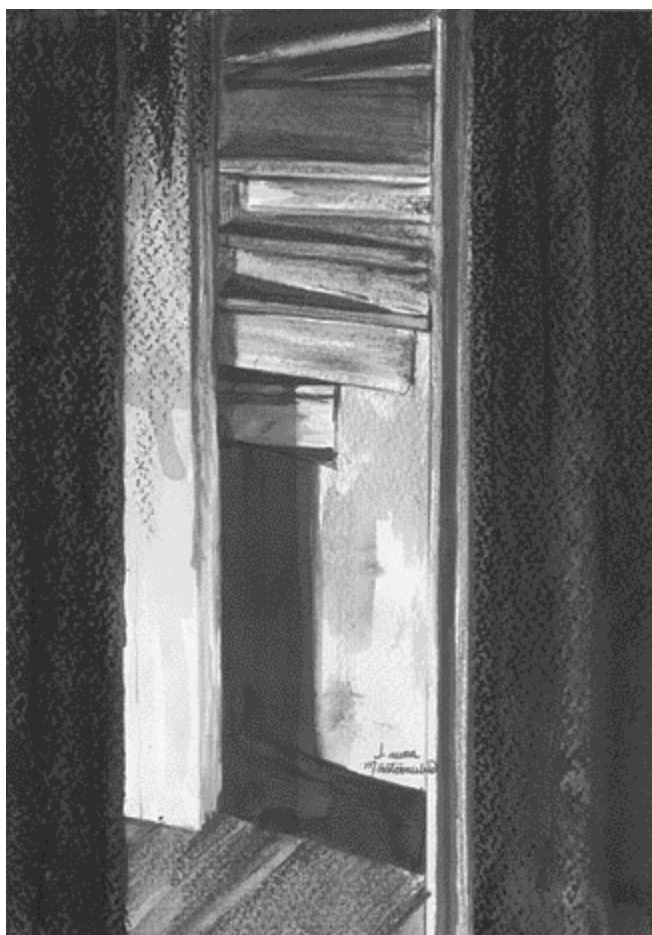
—Alicia, ¿qué es lo que nos han dicho desde que hemos llegado? Tana es una ciudad peligrosa, todos lo dicen. No nos atrevemos a salir a la calle por la noche... ya has visto la gente que se ve por ahí en cuanto oscurece...

... Bultos, son sólo bultos inermes, difícil distinguir si son personas o un hato de trapos tirado en el suelo, y también, junto a unos grandes almacenes, un montón de cartones de embalaje del que asoman manos, pies, aquí y allí lo que parece una mata de pelo, los cartones moviéndose despacio, como el caparazón de un animal prehistórico, pero son personas las que yacen allí dentro, resguardándose del frío o escondiéndose quizá para sobrevivir una noche más, y, apenas a unos metros, las niñas, ¿de cuánto?, ¿doce, once años?, con minifaldas tan escuetas que permiten ver el inicio de las bragas, echándose el aliento en las manos, un aliento que debe de oler al carmín de sus labios y a la menta o fresa del chicle que mascan, mirando de vez en cuando hacia las puertas de los hoteles a través de pestañas postizas o maquilladas, sus ojos con sombras malvas, plateadas, blancas, mirándome también a mí, que las miro a través de la ventanilla cerrada del taxi, guiñándome un ojo, qué importa que mi mujer esté sentada a mi lado, niños, chiquillos mugrientos que, como tordos o vencejos, sólo parecen existir en bandadas, persiguen de pronto y sin razón alguna nuestro taxi,



Alicia buscaba en mi cara la confirmación de que a mí también me parecía terrible lo que sucedía. Hice un gesto de extrañeza y seguí escuchando. Podía ser una pelea...

re volotean alrededor si reducimos la velocidad, gritos, llamadas, aporrear en cristales, ¿nos amenazan?, ¿nos piden? Y también grupos de jóvenes, patrullando las calles más oscuras, alguno con un bate de béisbol en la mano, música envolviéndolos que no sé de dónde sale, una música violenta, metálica, nada de ritmos tropicales e insinuantes, y esas miradas que nos echan, ni siquiera de amenaza, de desprecio, quiero salir de aquí, se lo digo a Alicia, que quiero salir de este país al que en realidad tampoco quería venir desde que una compañera del banco me dijo que las playas estaban llenas de excrementos, “los negros las usan como letrinas”, dijo con gesto de repugnancia, y yo ya no quería venir



aquí, quería ir a las Islas Mauricio, o a Reunión, están tan cerca, lugares que parecen salidos de un folleto de agencia de viajes, lujosos hoteles aislados del resto del mundo, asomados al trópico con un coctel en la mano y sin sentirnos culpables por las miserias ajenas, invisibles, inexistentes por tanto, quiero salir de Madagascar, no quedarme en este lugar inmundo en el que alterno el miedo con el remordimiento, el asco con la compasión, era ella quien quería venir, a ver a los lémures, pero aún no los hemos visto, tan sólo esta mugre, esta miseria...

Alicia se dobló sobre sí misma y lloró con más fuerza que antes. Emitía un gemido entrecortado, como si intentase contenerlo y no lo lograra. Iiii... iiii... iiii. Una vena del cuello le palpitaba muy deprisa, como después de un gran esfuerzo físico. Busqué al lado de la cama la botella con agua desinfectada con Micropur que había preparado antes de irme a dormir, pero debía de estar del lado de Alicia.

—La van a matar. La van a matar y no hacemos nada.

—Es una pelea. Lo mismo están armados.

Se escuchó un golpe tan violento que hizo vibrar las paredes.

Me levanté para ir al cuarto de baño. Sentado en la taza del retrete seguí escuchando las voces y los golpes, que parecían llegar ahora amplificadas por las cañerías; allí abajo —suponía que en la recepción del hotel— estaba pasando algo grave que me resultaba difícil imaginar, pero cualquier escena que me representaba mentalmente incluía a una mujer maltratada, más bien: torturada. Y hombres, hombres jóvenes de torso desnudo... no, no necesariamente: de camisas viejas a las que faltan botones y sobran descosidos, hombres con los ojos enrojecidos y sonrisas tan imbéciles como crueles, con mellas en la dentadura como tanta gente aquí, no sé si por la costumbre de chupar caña de azúcar o por la falta de minerales y vitaminas...

—Raúl, por favor, por favor, por favor...

Me limpié y tiré de la cadena. Perdí aún unos segundos en el baño, cerrando la tapa con parsimonia, lavándome las manos, colocando el portarrollos que se estaba desprendiendo de la pared debido a que el óxido se había comido buena parte de las tuercas que lo sujetaban.

Salí del baño.

—...por favor— musitaba Alicia, aunque no pude creerme que se hubiese pasado todo ese rato pronunciando el mismo ruego.

Me senté en el borde de la cama y cogí el teléfono para llamar a recepción. No se podía decir que se tratase de un



hotel lujoso, pero al menos había teléfono y aire acondicionado en la habitación, aunque ambos aparatos parecían salidos de un documental de los años sesenta. No habíamos reservado hotel desde casa para no condicionar el ritmo del viaje y, al llegar a Antananarivo no encontramos nada mejor o, mejor dicho, todo lo que habíamos visto tenía un aspecto aún más miserable.

Llamé varias veces, pero nadie respondió.

—Comunica.

Alicia no dijo nada.

Suspiré. Me puse los pantalones y la camisa lentamente, deseando que entretanto cesaran los ruidos o llegase la policía haciendo inútil mi intervención. También quería prolongar ese momento en el que Alicia sabía que me estaba empujando a hacer algo que yo no deseaba y que podía ser peligroso. Por lo menos, que se diese cuenta de lo que hacía por ella.

Volvió a limpiarse los ojos con la sábana, también la nariz.

—Bajo contigo. Por si acaso.

—Quédate. Para mí es más fácil.

—¿Más fácil?

—Claro. Echa el cerrojo cuando salga.

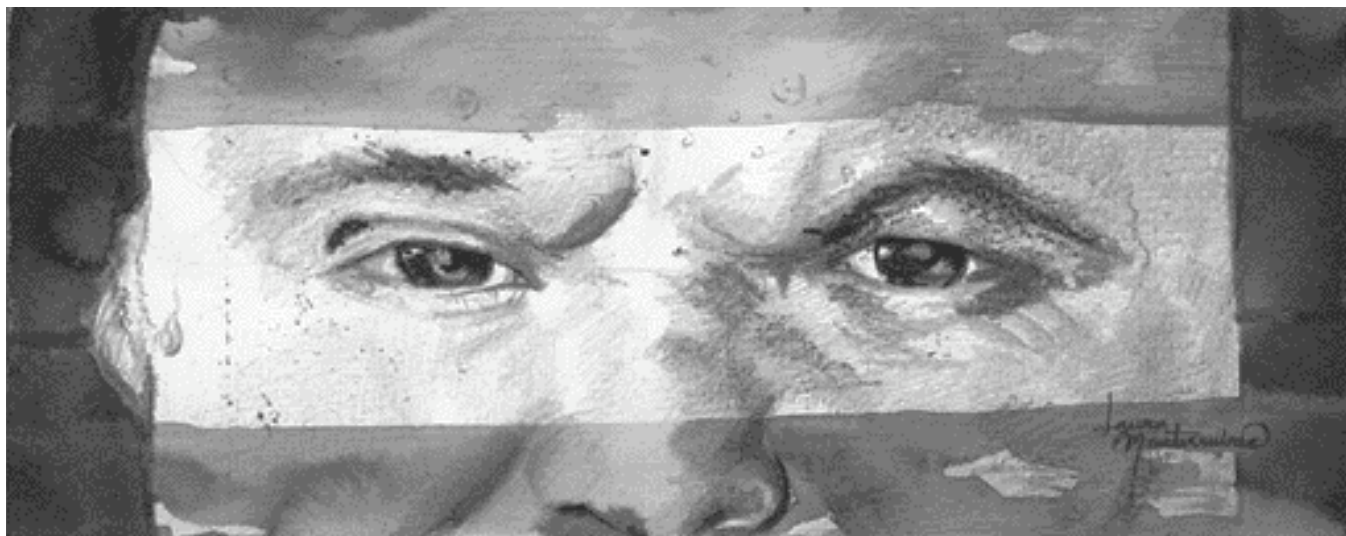
Saqué la navaja multiuso de la mochila, la abrí por la hoja más grande, me la eché al bolsillo; al hacerlo me dio un tiritón de miedo. Yo nunca sería capaz de utilizar esa navaja. Pero no la dejé en la habitación. Cuando salí al pasillo, aguardé a que Alicia hubiese pasado el cerrojo.

—En seguida vuelvo, no te preocupes— le dije a través de la puerta cerrada. Al contacto frío de las baldosas —en la

habitación el suelo era de madera— caí en la cuenta de que no llevaba zapatos. El pasillo estaba vacío. Una sucesión de puertas cerradas a las que nadie se asomaba. Paredes con grietas y manchas de humedad, algunas lámparas que arrojaban una luz particularmente blanca, de ambulatorio, y otras con bombillas fundidas. Olía a polvos contra las cucarachas. Los mosquitos me rodearon como si llevasen horas aguardando la primera víctima. No quería bajar. Abajo seguían las quejas, los movimientos bruscos, quizá los golpes. Pensé en engañar a Alicia quedándome un rato en lo alto de la escalera y regresar diciendo que ya había bajado, pero no se me ocurría ninguna versión creíble para justificar la continuación de la pelea.

Bajé despacio los dos pisos, sintiendo bajo los pies el polvo y la arena acumulados sobre las baldosas de los escalones. Apoyaba las plantas, curvando los dedos hacia arriba, como si temiese pisar un trozo de vidrio.

Me vieron enseguida. La escalera iba a terminar en un pequeño vestíbulo, separado de la recepción por una vitrina de cristal llena de recuerdos de plástico, gorras con rótulos en inglés, toallas de colores chillones, carretes de fotos, postales que, por el mucho tiempo que llevaban allí expuestas, habían tomado un color verdoso desvaído. Por entre todos esos objetos me contemplaban varios pares de ojos. Todavía no habría sabido decir cuántos, pero lo supe en cuanto rodeé la vitrina y entré en la recepción, un cuartucho de paredes forradas en imitación de madera, que se encontraba en un estado de desorden increíble, como si, antes de llegar yo, se hubiesen dedicado a demolerlo.



Fue la mujer la primera que me llamó la atención. Tenía rasgos asiáticos y el pelo entrecano. Nos había tomado los datos cuando llegamos al hotel unos días atrás y nos exigió pagar las dos primeras noches por adelantado. Llevaba el mismo vestido azul marino con cuello y puños blancos y la misma expresión severa y a la vez algo irritada con que respondió el primer día a mis preguntas sobre excursiones por el Canal de los Pangalanes: como si su sola función fuese registrarnos en el hotel y darnos cualquier información adicional fuera una manera de rebajarse.

No parecía herida, ni tenía las ropas rasgadas, ni los ojos llorosos.

Sí parecía haber llorado la otra mujer, bastante más joven y de rasgos negroides, a la que la asiática sujetaba por el antebrazo, como si un momento antes la hubiese estado recriminando o sacudiendo. Ella sí había llorado hacía poco y llevaba la blusa a medio sacar de la falda y con varios botones desabrochados, solamente una sandalia y el pelo en desorden. Aun así, resultaba atractiva —quizás especialmente atractiva por la mezcla de desvalimiento y el aire algo perverso que le daba una cicatriz de unos tres centímetros que le atravesaba los labios. Al darse cuenta de que la observaba volvió la cabeza hacia la pared.

A uno de los hombres ya lo conocía; solía estar, igual que en ese momento, sentado en un sillón seboso de la recepción, a menudo hurgándose la nariz o los oídos, o dando forma entre el índice y el pulgar a alguno de los hallazgos recién extraídos de su cuerpo; un tipo gordo, desaseado, cuya presencia, tan poco favorable al negocio, sólo se justificaba si era el dueño del hotel. Cuando uno pasaba a su lado, si se dignaba levantar la cabeza e interrumpir alguna de sus asquerosas ocupaciones, no era para saludar, sino para echarle una mirada retadora y, de alguna manera inexplicable, libidinosa.

Sólo verlo me hacía sentir repugnancia y me daba ganas de cambiar de hotel. Pero en la temporada alta en Madagascar no puede uno ser muy melindroso.

El cuarto era un negro joven, muy delgado, sin afeitar, que no había visto nunca, aunque es cierto que no tengo una buena retentiva para las caras, y menos en gente de otra raza. Fue el único que me sonrió; se le iluminaron los ojos, hizo un gesto en el aire como si me chocase la mano, aunque nos separaban varios metros, e incluso dejó escapar un sonido parecido al de la risa. Enseguida pensé que estaba ebrio. Y también que el gordo y yo éramos los únicos blancos en el cuarto.

No dijeron nada. No se disculparon ni explicaron, no me preguntaron qué deseaba. No parecían sentir la necesidad de justificar —por difícil que fuese— el escándalo, los gritos, la silla volcada, los vidrios y el líquido en el suelo, una puerta de un aparador arrancada de cuajo y tirada encima del mostrador, el auricular del teléfono colgando del hilo y girando aún en el aire, junto a la pared.

El gordo dio un sorbo ruidoso de un vaso que tenía en la mano —parecía de verdad esforzarse en resultar grosero, como si hacerlo demostrase una cierta superioridad— y siguió mirándome con su cara de buey.

La mujer de rasgos asiáticos —¿qué tendría, cuarenta, cuarenta y cinco años?— apretó los labios hasta hacerlos casi desaparecer. La joven seguía vuelta hacia la pared, como si no quisiese verme y el otro continuaba estrechándome la mano a distancia y emitiendo su risa injustificada.

Incómodo, sin saber qué decir, pensé que ya había cumplido mi misión. Probablemente mi aparición habría puesto fin a lo que quiera que fuese que estaban haciendo. No iban a cometer un crimen del que sabían que habría un testigo. Quizás habría encontrado la forma de retirarme sin hacer mucho el ridículo si el gordo no me hubiese escrutado con

esa mirada humillante, con la que se mofaba de mí sin una palabra, como si me retase a intervenir.

—Buenas noches.

Lo dije intentando que las dos palabras, en lugar de sonar corteses, sonasen tajantes, casi agresivas.

—La cisterna —respondió el gordo señalándome con el dedo, y sonrió con más encías que dientes.

—¿Perdón?

—Otra vez la cisterna.

—No entiendo.

—O la puerta, que no cierra bien.

—No estoy seguro...

—Entonces es el aire acondicionado. Siempre se lo digo a los clientes, que no lo dejen encendido todo el tiempo, porque el grupo electrógeno se sobrecarga.

El gordo sudaba y, cuando terminaba una frase, daba una especie de bufido, como los caballos, que hacía vibrar sus labios y lanzaba al aire gotas de sudor. Yo también sudaba. Y el negro de los cojones, apoyado contra la pared, hacía unos ruidos guturales como si fuese un pavo, y se golpeaba los muslos doblándose hacia adelante.

—Perdone, ¿de qué me habla?

—De lo que no funciona en su habitación.

—En mi habitación todo funciona perfectamente.

—Entonces ¿qué está haciendo aquí?

El gordo miró en derredor burlonamente buscando aprobación para su agudeza. Los gorgoritos se le mezclaron al negro con un ataque de tos. La mujer oriental sonrió tan fugazmente que un segundo después no estaba seguro de que lo hubiese hecho, y al mismo tiempo giró apretando con fuerza la mano que sujetaba el antebrazo de la chica, que no emitió ni una queja.

—¿Puede saberse qué está pasando aquí?

Lo encaré a él, al gordo, sin duda el responsable. Metí una mano en el bolsillo para palpar la navaja. Despacio, para que no se notase desde el exterior, la giré hasta tener la empuñadura en la mano. Tenía la sensación de que se me estaban licuando las tripas.

—Pase, no se quede ahí en la puerta.

Di dos pasos hacia el interior, pero no acepté sentarme en el sillón que me mostraba, para lo cual hubiese tenido que pasar por delante de él e ir a sentarme a un rincón, lejos de la puerta.

—El ruido es insoportable.

—Lo siento mucho, serán los obreros que trabajan en el hotel de al lado. Ya sabe, duermen en la obra, se emborrachan...

Si al menos la chica me hubiese mirado, hecho algún gesto de agradecimiento por intervenir en su ayuda, dado un paso, aunque fuese minúsculo, hacia mí...

—Era aquí— me atreví a afirmar de todas formas.

La cara del gordo cambió de repente, como si hasta ese instante hubiese estado representando un papel que nada tenía que ver con su estado de ánimo. Tiró el vaso contra la pared de enfrente y se volvió a la chica, a la que empezó a gritar en malgache. Sus palabras tenían más efecto que el daño que pudiesen estarle haciendo los pellizcos de la mujer. La joven se fue doblando sobre sí misma mientras sus facciones se contraían de dolor; pero no lloraba, creo.

—Voy a llamar a la policía— amenacé y retrocedí los dos pasos que me había adentrado en el cuarto.

—Yo no lo haría— dijo el gordo en un tono de voz perfectamente neutro; si me hubiese desaconsejado comer en tal o cual restaurante no habría empleado un tono diferente. —La policía es peligrosa. Y cara. —Frotó ante mis ojos el pulgar y el índice.

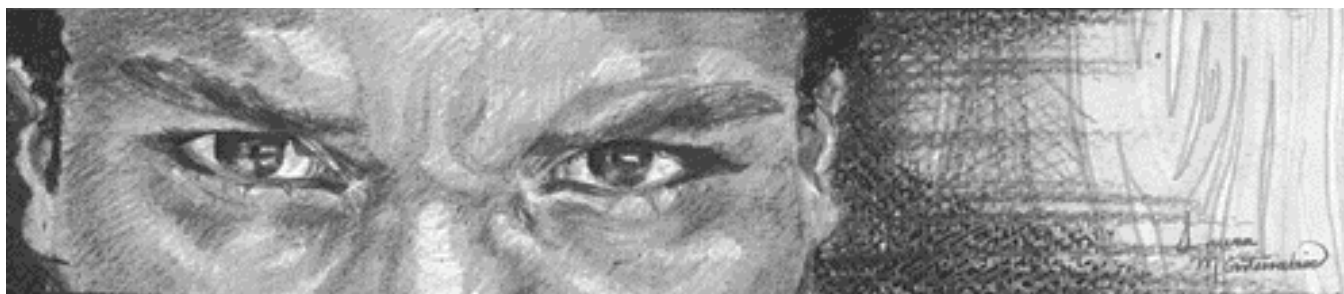
—O la dejan inmediatamente en paz o llamo a la policía.

—Están siempre borrachos. Roban a la gente para comprar cerveza. Y si les entra el miedo podrían querer deshacerse de testigos. Además..., —hizo un gesto vago hacia la chica— es mi hija.

Probablemente ni esperaba que le creyese. Era una manera de permitirme salvar la cara. Sin duda contaba con que en ese momento me diese la vuelta y regresara a mi habitación: asuntos de familia.

—No es verdad— dijo la joven en ese momento, doblada casi noventa grados por la cintura, con el tronco paralelo al suelo. El gordo se levantó como si pesase cincuenta en lugar de los noventa kilos que debía de pesar. Dio un empujón a la joven que hizo que las dos mujeres trastabillasen y chocaran contra la pared. La asiática la sujetó con la otra mano y le clavó las uñas. El otro hombre, el más joven, de repente me estaba mirando con expresión de miedo. El gordo se acercó a la chica, tomó uno de los picos de su blusa y tiró de ella hasta ponerla delante de mí. Ella seguía evitando mirarme a los ojos.

—Para ti; ya veo que te gusta.





La chica empezó a lloriquear. El gordo le amasó un pecho mientras me hacía gestos de asentimiento, como indicándome lo que tenía que hacer con ella. La oriental empezó a gritarle al hombre no sé qué cosas, se acercó a la chica por la espalda, y le clavó repetidamente los nudillos en la columna vertebral.

—No haga eso.

—Si sales de aquí con ella es para ti —me anunció el gordo—, no la queremos. Eso que quede claro. Aquí no vuelve a poner los pies. Tú te ocupas...— repentinamente sus ojos se iluminaron y la broma no tardó en llegar —Es más joven que tu mujer.— Tomó a la chica con una mano por la entrepierna y sacó varias veces seguidas la lengua con un gesto tan obsceno que era difícil no apartar la vista. Iba a golpearle, al gordo, en medio de su jeta asquerosa, juro que en ese momento iba a estamparle el puño en los morros, o al menos eso pensé. Pero de pronto la chica me puso la mano sobre los genitales y comenzó a transmitir los movimientos rítmicos con que el gordo le presionaba el sexo.

Di un salto hacia atrás golpeándome el codo contra el mostrador.

—¡Mierda, están todos locos!

—Así que no la quieres —el gordo suspiró desencantado. —No sabes lo que te pierdes. —Tiró de la chica sin miramientos y se la devolvió a la oriental, que clavó en ella de nuevo sus garras. La chica me sonrió de forma incongruente, como si no hubiese pasado nada, como si fuese totalmente insensible al dolor que de nuevo le causaba la otra mujer. —Se creen que lo saben todo, estos blanquitos —comentó el gordo mientras se dejaba caer en el sillón.

—Mañana mismo nos vamos de este hotel. Y voy a poner una queja.

El joven negro, que llevaba callado un buen rato, rompió otra vez a reír con su risa de pavo y a estrechar imaginariamente mi mano. Salí del cuarto rápidamente y subí las escaleras; a mis espaldas se había formado un silencio denso. Cuando llegué al segundo piso volví a escuchar sus voces; de pronto parecían llevar una conversación normal, carente de la violencia previa.

Llamé a la puerta de la habitación.

—¿Eres tú? —preguntó Alicia desde el otro lado de la puerta.

—Claro, claro que soy yo.

Abrió rápidamente, tiró de mí hacia el interior y echó el cerrojo como si temiese que alguien me persiguiera. Creo que tiritaba un poco a pesar de que hacía un calor tan pegajoso que costaba respirar. El gordo tenía razón: el aire acondicionado no funcionaba.

Me senté en la cama y Alicia se sentó a mi lado. Tenía la cara llena de refregones azules.

—¿Qué ha pasado?

—Pareces un pitufo.

Intenté sonreír. Creo que no me entendió.

—¿Qué era, qué sucede?

Saqué la navaja del bolsillo y la cerré. La dejé sobre la mesilla. Me tumbé boca arriba y, con un gesto, pedí a Alicia que se tumbase a mi lado.

—Qué mierda de país, qué mierda de gente.

Me incorporé, cogí la navaja y la lancé al otro extremo de la habitación. Tenía ganas de llorar o de romper algo.

Me apreté contra Alicia. Ya no parecía asustada, sino preocupada. Al día siguiente, por fortuna, nos íbamos de Antananarivo hacia la costa en un todoterreno alquilado. Yo había puesto esa condición para viajar a Madagascar: ni camiones atestados de gente ni autobuses mugrientos. Alquilamos un coche y nos movemos a nuestro ritmo y sin tener que sopotear a nadie que no nos apetezca; paramos donde queremos y nos vamos cuando queremos. Eso es viajar, no depender de horarios ni de la voluntad de otros; si no, mejor quedarse en casa.

Empezaba a relajarme. Las voces que venían de abajo ya no me afectaban, no tenían nada que ver con nosotros. Alicia estaba recostada a mi lado, abrazada a mí, pero con la cabeza algo retirada, observándome, intentando averiguar lo que me sucedía.

—¿No me vas a contar lo que ha pasado?

De abajo llegó el ruido de un nuevo golpe. Una voz de hombre parecía dar órdenes o proferir insultos. Alicia ni siquiera levantó la cabeza. Esperaba mi respuesta con el ceño fruncido, mientras con una mano me acariciaba el cabello de delante hacia atrás. Pobrecito, dijo, no sé por qué. Luego nos quedamos en silencio y Alicia apagó la luz de la mesilla.

—Nada, no pasa nada —dije en la oscuridad.

—Mañana nos vamos a la costa —repuso ella tras un rato; al parecer estaba pensando en lo mismo que yo. Estoy segura de que nos va a encantar.

Volvió a tumbarse a mi lado, se apretó contra mí, gracias por bajar, me susurró al oído, y así, en esa posición, seguimos escuchando los ruidos que venían de abajo. Alicia se durmió casi enseguida. Sentía su aliento sobre mi cuello. Se me escapó una sonrisa: no era capaz de distinguir si el latido que notaba en el pecho era el de su corazón o el del mío. **■**

Explorador infatigable de éste y otros mundos —no en balde es ganador del Premio Grandes Viajes 1998 por su libro *China para bipocondriacos* (Ediciones B)—, el escritor español José Ovejero (Madrid, 1958) presenta en la *Revista de la Universidad de México* este cuento inédito en nuestro país. Lo acompañan las ilustraciones preparadas *ex profeso* para nuestros lectores por Laura Monterrubio, estudiante de la ENAP.